

Rafael Lozano-Hemmer o la muerte de la mirada

La mirada ha muerto, y la hemos matado nosotros, parecería decirnos Rafael Lozano-Hemmer (si nos tomáramos la molestia de escucharlo, de mirarlo).

NICOLÁS ALVARADO

03/11/15

Curioso que un artista comience una exposición a la que la noción misma de la mirada resulta central con dos piezas que no precisan a priori del sentido de la vista para ser experimentadas. El *quid* de la primera, de hecho, consiste justo en que no es visible: impreso en nanopartículas áureas, un texto Charles Babbage (y no es casualidad la elección del autor, y no es casualidad la de ese preciso texto para ser sometido a tal proceso) nos rodea al punto de infiltrarnos (en efecto, dado el nanotamaño de los panfletos es seguro que inhalaremos no uno sino varios; como bien se nos ha advertido desde el inicio, sin embargo, no sólo no son tóxicos: son dorados) pero no puede comunicársenos (a menos, claro, de leer la cédula pero eso, me temo equivale a propiciar un *timeout* en el juego, a pasear por el mapa ante la imposibilidad definitiva de recorrer el territorio). La segunda, en cambio, es muy vistosa pero lo importante no es tanto lo que ve uno en ella sino lo que hace uno con ella. Se trata de un gigantesco artilugio que conecta una cabina de acrílico transparente herméticamente sellada con un complejo sistema de fuelles y tubos que conducen cada uno a una sencilla bolsita de papel que se infla y desinfla, como cuando uno respira directamente en ella, presa —digamos— de un ataque de angustia. La instalación, de hecho, reproduce el mecanismo, sólo que en proporciones que trascienden lo humano en más de un sentido. La cabina es accesible merced a unas puertas eléctricas que es posible accionar mediante un botón, a la manera de las de un elevador. Una o dos personas pueden penetrarla, ver las puertas cerrarse a sus espaldas y respirar el aire viciado concentrado en ellas, que es el que va y viene a las bolsas. El artista recomienda no permanecer más de

diez minutos adentro. La pieza se llama, justamente, *Aire viciado*.

Es con ese uno-dos que Rafael Lozano-Hemmer nos da la bienvenida a *Pseudomatismos*, su exposición inaugurada apenas la semana pasada en el MUAC. Y el golpe conecta. Porque la exposición —hecha, por definición, para ser vista— trata de todo lo que no vemos, muestra como el juego de las miradas en la producción cultural contemporánea —y con ello me refiero no sólo al arte sino a las interacciones sociales todas— se ha viciado al punto de devenir irrespirable (a no ser por menos de diez minutos, y eso bajo propios cuenta y riesgo).

En la siguiente sala, una de las piezas clave en la obra de Lozano-Hemmer: un ojo capturado en video que, merced a las acción de un sensor de movimiento, persigue con la mirada a quien se detiene a contemplarlo. *Un ojo que no se le quita de encima a quien le pone los ojos encima*. ¿Quién mira entonces? ¿Miro yo, espectador, una obra de arte? ¿Es decir que al ser mi vista la que concita la acción de esa retina artificial sobre mí, soy yo el artífice de la mirada? ¿O es la obra en sí misma un sujeto dotado de inteligencia propia (aun si artificial, aun si limitada) (la mía, a fin de cuentas, también es limitada) que puede arrogarse, por tanto, la autoría de la mirada? Pero he dicho "autor", y eso apunta al artista, que en este caso tiene nombre: Rafael Lozano-Hemmer. ¿No define al autor, justamente, el hecho de ser sujeto de la mirada? ¿No hay por tanto aquí una sola mirada en juego, y es la suya? Sí y no. Ahí está también la mía. Y la de la máquina. Y en ese juego de espejos (pienso en la secuencia climática de *La dama de Shangai* de Orson Welles), al perderse las unas en las otras, todas las miradas —la mía, la de la máquina, la del artista— se cancelan entre sí, se anulan, confluyen en un Aleph que es un limbo que es la nada.

La idea aparece todavía más nítida en una pieza nueva, que es la que cierra la exhibición: sobre dos pantallas se proyectan sendas series de noticias periodísticas que distintos servicios informativos van generando en tiempo real. El espectador, hay que pensar que interesado por ellas, se detiene a leerlas. Pero he aquí que las pantallas también están provistas de sensores, y que no bien perciben una mirada posada en ellas, comienzan a dispersar y borrar las letras que componen el texto. Los mensajes, pues, sólo pueden existir mientras no son leídos: la mirada los destruye. Pero al espectador que

sólo se finge lector, que no es sino un *flâneur*, esto —y pude constatarlo a lo largo de una buena media hora que estuve en la sala— le tiene sin cuidado: no quiere mirar, no quiere entender; quiere jugar: embelesarse con la huella —aun si mortífera— dejada por su propia presencia, verse el ombligo.

La mirada ha muerto, y la hemos matado nosotros, parecería decirnos Rafael Lozano-Hemmer (si nos tomáramos la molestia de escucharlo, de mirarlo).